

mientras tu montas tu león, aparejado con la montura de Dios
 [en las montañas del Génesis,
 todo de rojo son libertador ungido;
 los antepados de Alemania besan tu frente de sauce tronante
 [y de jornada de toro.
 y la Humanidad se te entrega en su lecho de llanto.

<https://doi.org/10.29393/At226-36CEAD10036>

Sí, las antiguas sombras del Señor de los Ejércitos, te son-
 [ríen,
 la voluntad mundial de Stalin, relampaguea en su cuero de si-
 [glos, picoteando los acrisolados fusiles proletarios,
 y la ley divina te ampara, porque *el soldado Lenin* marcha a
 [la cabeza de tus héroes,
 desnudo, tremendo, glorioso, desde la muerte, atravesado de
 [inmortalidad, resonando todo enorme, como un tambor
 [militar,
 con la sociedad emancipada a la espalda».

El estilo de este poema épico, que encarna toda la tensa y dispar grandeza de la epopeya y el ejército que canta, es una continuación del barroco rokhiano de «Morfología del Espanto». Y aunque su metal estilístico no es tan pujante, tan arduamente creador, como en los más altos poemas del citado libro, no puede negarse su elán magnífico, su insobornable empuje liberador y bíblico.

En rol de iluminado, de profeta hebreo, habla Pablo de Rokha de la marcha del Ejército Rojo. La más aterradora e inmortal, hacia Occidente, como ya lo enunciáramos. Y aunque transcribir esta empresa al verbo casi parece imposible, el poeta la realiza con un verdadero vértigo de acumulaciones místicas que no reconocen tregua ni fronteras.

Mas, ¿cómo extrañarnos tanto de su labor? En efecto, lector infatigable de la Biblia por espacio de veinte años, arqueólogo espiritual de las viejas culturas, sádicas, sabias y relam-

pagueantes de alta pátina histórica, poseedor de un gran estilo, forjado como una catedral gótica a través de treinta tercios y profundos años, de ávida e insaciable labor, hoy nos canta tranquila y ciclópeamente el paso de esta perfecta esperanza mundial, que es el ejército en armas de la U. R. S. S. ¡Escuchadle!:

<https://doi.org/10.29393/At226-36CEAD10036>

«Eres un lagar bramando y un jardín rugiendo,
la cólera de Dios bendice tu piedad. Dios camina, gritando jun-
[to a tus soldados de asalto y categoría,
(altos niños santos de azúcar y sangre),
y un buey radiante ara los terrenos de tu epopeya victoriosa,
[cosechando estupendo pan de sudor, arrecido, furibundo,
[en el cual una paloma feliz,
pone un huevo de lágrimas, bañado de palacios, bañado de pa-
[lacios blancos,
para las familias de los obreros emancipados, alegres, como
[enormes ancas de vacas;
los agricultores y los poetas te abrazan, vestidos de abismo
como el viñador a su padre, como los cachorros a la montaña
[inmortal del relámpago, como el ciego a la aldea natal, lo
[mismo que la madre selva sagrada a la patagua;
alumbra tus entrañas el abastero, con su traje de carne oceá-
[nica, ancho y claro como patio de provincia,
el carpintero, el albañil, el alfarero, cocidos en madera y barro,
[la capa inmensa,
de piel de tempestad, enarbolada en el pecho de fierro del mi-
[nero, del labrador que raja la montaña y siembra adentro
[huevos de muerto y ventanas—cataclismos, o rayos pinta-
[dos de olor agonizante, del cavador de tumbas de niebla,
el pollo de guitarra de los zapateros y los ganaderos rurales,
el gran ataúd, parecido a un barco submarino, de los pescado-
[res inocentes en su ojo azul solo, medio a medio de los
[hombros;

hay carretas de heno y hay monturas y tibias de cosaco o de
 [corsario,
 y el huracán del explorador Amundsen en la honda y remota
 [hoya antártica, remece tus cabellos y tu voz de túnel,
 e Iván Pavlow, el capitán de «los reflejos acondicionados», está
 [dormido en las riberas de Timoshenko...
 ¡Oh, sol! ¡Oh, caballo de Dios! ¡Oh, Todopoderoso, eternidad y
 [raíz colosal de la especie, poeta de trinchera, entidad in-
 [mortal, como el átomo, inmortal e inmortal de inmortales,
 inmortal por los aposentos maravillosos de tu levadura y por tu
 [gran placenta maternal, inmortal como hecho y como
 [sueño, saliendo del misterio eterno.
 inmortal, por la inmortalidad avanzas con tus trenes blindados
 [y tus aviones, inmortal, inmortal, inmortal,
 ¡Oh! Heráclito con relámpagos para tu gran Escuadra,
 oloroso en tu pellejo de durazno y de aceituna infinita. recor-
 [dando al altar inmortal, en el que crece, para siempre el
 [antepasado de los dólmenes, inmortal justiciero del ase-
 [sino;
 ¿quién es capaz de mirarte, cara a cara, en la faz y cantarte,
 [¡oh! iluminado? etc., etc.

He aquí el sabio y bárbaro tren verbal. plano de apasio-
 nados hilos, de su lenguaje francamente blindado, provisto en
 más de una de sus longitudes, de voluntariosas sílabas de
 fuego.

Por excepción, el desmayo lírico, el aliento que coge una
 corporeidad vulgar, alcanza la descomunal arquitectura sintáxi-
 ca de este poema:

«y en tu corazón crecen los granos, (nos dice) y las bestias
 [que dan comida a las generaciones,
 el honorable pan del mundo, por el cual clamaban las gargan-
 [tas proletarias,
 las marmitas sacrosantas y aterradas de la religión...» etc.

pero, el poeta, pronto coge nuevas alas y se sobrepone a su caída, hasta casi disimularla. Del mismo modo, su final, aunque digno del poema, debido a la tensión de los trozos líricos de algunas de las partes que la preceden, pudo haber sido más alto, más arduo y perfecto.

Es digno de señalarse el hecho estético, que a los cincuenta años de su edad <http://biblioteca.org/100993/100993-3-CEAD008> Pablo de Rokha aligera y carga su barroco, a voluntad, evitando su osificación, que casi nos pareció manifiesta cuando publicara su libro «Gran Temperatura». primer desplazamiento hacia el género épico después de la prosa de su «Jesucristo». Porque la muerte de todo barroco, grande o pequeño, se produce por la acumulación, desprovista de euforia, de elementos que le conducen a la asfixia creadora. Como en el caso del atleta—aunque parezca una paradoja—que después de levantar innumerables y grandes pesos, se encuentra con tan densos bloques de músculos, que le paralizan sus propios pulmones.

Pero este gran poeta épico, casi no tendrá circulación en nuestra América del Sur. Con cierto pesar, he asistido a la lectura que hice de él con mis propios ojos, como a la botadura de un extraño y solitario buque fantasma, lanzado en sólo quinientos ejemplares numerados. Quinientos ejemplares que han empobrecido a su autor y que no han de quitarle su calidad de proscrito, en lo que concierne a su reincorporación al movimiento ideológico y político que admira y sigue tan escrupulosamente. Es el drama de los grandes poetas de hoy, pero en el caso que nos ocupa, enturbiado por la descomunal soberbia de De Rokha, que crea en torno suyo innumerables fosos de aislamiento y odio. Y es, en último término, el drama de los que aspiran a liberar América, «del peso de la noche», en el sentido tan justo y cimero con que glosara esta frase, Domingo Melfi, en su pujante ensayo sobre Lastarria y Portales.—ANTONIO DE UNDURRAGA.